

DON JULIO EN SILUETA

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Estatura mediana entallada por irreprochable traje londinense, que realza el porte gallardo, las maneras distinguidas y el hablar galano y desenvuelto que fluye, según las circunstancias, como surtidor de linfas cristalinas o como rugido tempestuoso, de una boca ampliamente dibujada, pero recogida por peculiar contracción de los labios. Ojos negrísimos, pequeños y brillantes, de mirada profunda que desde el primer momento domina al interlocutor, “tan fría así era su mirada, casi punzante y de un brillo como de acero bruñido”. Aguileña la nariz, de aletas palpitantes a la menor contrariedad o emoción; el rostro de óvalo angosto, cortado y agudo hacia la barba, lo enmarcan una cabellera blanca, un bigote largo y fino aunque poco abundante y unas barbillas puntiagudas y correctas. Andar lento pero resuelto, y un continuo frotarse las manos cuando estaba en alguna expectativa, completan la estampa física de don Julio.

La montaña fue la primera imagen que hirió sus ojos: “yo nací en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico”. Confiesa, memorando aquellos tiempos difíciles para su familia durante los que, refugiados sus padres en una mina para escapar a la sangrienta represalia de los realistas, él vino al mundo... 1817... Año cruel, año de sangre y lágrimas para los patriotas de entonces, pero año venturoso, fecha bendita para sus hijos del futuro, porque la sangre que caía fecundaba el suelo y hacía brotar la levadura del porvenir nacional.

La cuchilla pacificadora ha segado la existencia preciosa de Francisco José de Caldas, su tío; troncha el cuello de Camilo Torres; derrama la sangre de su otro tío don Manuel de Pombo y la de su primo Francisco de Ulloa, el adolescente de la áurea elocuencia; ella decora con alevés balas el pecho virginal de Policarpa y descuartiza a mil más y los infama exhibiendo sus miembros mutilados en las entradas de los caminos; pero las secretas vertientes de la vida son inexhaustas, y entre el terror, la zozobra y la muerte, se plasma y surge la falange predestinada que pocos lustros más tarde hará la realidad democrática de la República.

Fue una flor magnífica de la raza. Todo un héroe por la alteza de sus ideales, por la agresiva fiereza de león con que supo defenderlos, por su voz inspirada y su fulmineo brazo —instrumentos auxiliares de su conciencia de patriota y su fe de político— por la prontitud en sus decisiones y el valor de sus actos; porque siempre mantuvo aventurero el espíritu.

impávido ante la llama ardiente de la vida, como ante la sombra fatal del destino...

A fuero de su imperiosa superioridad y fuerza de la constancia heroica de su vida, hubieron de rendirle homenaje amigos y contrarios. Para sus compatriotas es el nombre excelso del Libertador el que les acude a los labios cuando quieren hallarle par en la historia americana. Para Menéndez Pelayo y demás críticos de allende los mares "el tipo más caballeresco y aristocrático que en los sangrientos anales de la democracia americana puede encontrarse", les recuerda a aquellos guerreros poetas del siglo de oro castellano.

Pero aún haciendo abstracción de este natural prestigio de que lo ha vestido el correr del tiempo y que ya en vida dilató su fama hasta tocar su nombre de una leyenda galante y terrible; aquilatada la verdad histórica, como pide Guillermo Valencia, en el crisol de la más juiciosa crítica, es evidente que don Julio Arboleda tuvo un sello genial que lo distingue de la pléyade gloriosa de sus contemporáneos, que relieva en altísimo grado su personalidad y asemejándole a aquella águila soberbia que una vez viera el artífice de "Ritos" posada sobre un tronco mútilo y carbonizado, en toda la majestad de su fiereza, domina la muerta llanura del pasado desde el renegrido tronco del siglo XIX.

La poesía había sido para este romántico en la vida de la acción, según lo definió don Marcelino Menéndez y Pelayo, no más de un pasatiempo elegante, un simple juego de mundano impecable que escogía de preferencia el álbum o el abanico de una mujer hermosa para fijar de pasada y con negligencia discreta las estrofas que fácilmente la brotaban.

*Que siembre en esta página, me pides, un recuerdo:
Que deje en tus oídos, me pides un cantar;
y yo, por sí, mis alas al extender, me pierdo
en extranjeros climas o en el revuelto mar;
por sí es la vez postrera que piso tus hogares,
y es el adiós postrero que nos debemos dar;
los últimos suspiros, los últimos cantares
que lanzo en esta tierra te voy a dedicar.*

.....

Aquel valiente sabía por igual "jugar con desdén la vida" y bruñir una gema, como los artífices guerreros del Renacimiento; era un alma de diamante cuyas aristas pulimentó el *dandismo* y sabía que ningún honor es rendido a un poeta verdadero mejor que el de vivir en el recuerdo de una mujer bella.

A veces su herencia castellana le hace recordar la jocosidad de los picarescos del Siglo XVI al encontrarse con alguno de esos sucesos cotidianos que invitan a la franca hilaridad. Ante un juez nada despabilado hace baya de esta guisa en la contestación de una demanda:

*Julio Arboleda, de este vecindario,
ante Ud., señor Juez, con gran respeto
parezco y digo (siendo necesario
el próambulo en forma, así lo espeto):
Que no estando yo a pleitos avezado,
de litigante ignoro el duro oficio;
pero pondré la pluma en ejercicio
solo por contestar este traslado.
Espero, señor Juez, que no haya mengua
si corto mis renglones por medida;
yo, que no sé de leyes, doy salida
a mis pobres conceptos en mi lengua.
Si se echa encima al Personero fuerte
cual sobre el niño formidable atleta,
que tiemble es natural; ¡pobre poeta!
Mas le temo a un traslado que a la muerte.
Mas vos, señor, con intenciones rectas
de home asaz acucioso y sabidor,
cómo podreis traerme a deshonor
por ignorar las leyes y pandectas?
Dejad pues juzgador que mi ardimiento
vos muestre, sin salir del mio mestiere
et faga cual impávido manchlere
que cobdicia la lide en su elemento.
Son las leyes, señor, reglas de peso
y todo funcionario ciudadano
debe tener las leyes en la mano
y debe de entenderlas fuera de eso;
pues la primera parte nada vale
si la segunda no va junta,
que cuando el intelecto no le apunta
la memoria es bien fácil que resbale.*

Pero una obra así dispersa estaba expuesta a padecer toda clase de eventos desde la pérdida total hasta las infames alteraciones. Por eso al calor del hogar recién fundado y bajo el encantamiento del cielo nativo, este hombre que hasta ahora solo ha sido un total desprendimiento, un deseo de darse a sus ideales sin reserva ninguna, por primera vez y por última también, acomete una empresa que ha de beneficiarlo prelativamente; una empresa que desde luego le da una aureola legítima, que necesariamente ha de reflejarse en su patria, pero no por propósito primordial sino en forma refleja.

“Gonzalo de Oyón”... un poema épico! Con qué entusiasmo, con qué ardor concibió la obra; con qué fervor trabajó sus versos. Y es esta precisamente de todas sus poesías la única que por desgracia no ha de quedar completa; será de todas las suyas la que no podremos leer jamás en su integridad, como si la fuerza oculta que rige al destino humano gustosa de la concordancia continua entre esta vida ejemplar y la voz secular de su raza y de su tierra, hubiera resuelto no dejar entero sino solo aquello que más los unía y estrechaba siempre: su fama de guerre-

ro, su labor de publicista, sus discursos por la legitimidad y el derecho, y todas sus poesías políticas, himno eterno de una fe sagrada, apóstrofe y advertencia...

Mas ni aun cuando deliberadamente piensa en acometer una obra extraña a la actualidad política, una narración con héroes y personajes que nada tengan de común con él o con sus contemporáneos, puede olvidar la llamada de la patria y olvidarse de sí mismo. Ya desde el preludeo:

*Voy recorriendo pensativo y mudo
Con paso lento la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda
Precipita su rápido caudal.*

Ya desde el primer acento, ella y él están enteros y presentes, y a medida que avanzan los cantos, inconscientemente esta comunión ideal entre la patria y su corazón se va estrechando más y más, haciéndole olvidar sus primeros propósitos, violar las reglas de la unidad de tiempo y de lugar que dicen los retóricos, descuidando cada vez más la psicología de los personajes para transparentar en esos versos los azares que aguardan a su patria hasta confundirse con los personajes de su canto y decir por boca de ellos su propia congoja de proscrito.

El poema le salió pues del alma y esa alma no le pertenecía ya, ¡tanto se había compenetrado con los latidos del corazón de la patria; tanto se había mezclado a las cuitas de ella; de tal modo estaban unidos por el doble lazo del dolor y de la gloria. Aunque no lo expresó como el señor Caro, sentía que el también era un pedazo de las entrañas de Colombia.

La característica distintiva de los grandes poetas líricos, que es vaciarse todo enteros en sus obras, la cumple don Julio Arboleda en su "Gonzalo de Oyón": no solo pone en cuanto dice de su héroe una gran semejanza con su propio carácter resuelto y caballeroso, ni se conforma con que los sentimientos de su personaje sean una íntima emanación de sus propios sentimientos y no pocas cualidades: —nobleza, alteza de ideales, genio emprendedor, animosidad para la lucha—, sino que hasta les hace padecer peripecias parecidas a las que el mismo ha sufrido. Va por eso ampliando el poema, corrigiéndolo, intercalándolo y enriqueciéndolo con escenas nuevas y extrañas al plan propuesto; con consideraciones nacidas al calor de su propia vida, según que los años y las vicisitudes le van cubriendo de aristas, que no en vano puso en esta obra entrañable cariño, "como a hijo mimado de su entendimiento" y no inútilmente es ella incompleta y mutila, el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica.